



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11512

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 30 DE MARZO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA MENDICIDAD

Hoy ha sido día de mendigos. ¡Cómo no, siendo sábado, día predilecto de los pordioseros para caer sobre la ciudad.

Cartagena aprende á su costa que la mendicidad está en razón directa de las dádivas. ¿Crecen éstas? Pues es seguro que aumenta aquélla en igual proporción.

Esto es lo que nos dice la experiencia. Hemos intentado acabar con la gente que pide limosna creando instituciones benéficas y hemos conseguido aumentarla. Al presente cuenta la población con el Hospital de Caridad, el Asilo de Ancianos, la Misericordia, la Casa de niños expósitos y la Tienda-asilo, empleando en ellos de un modo directo ó indirecto muchos miles de duros; pero a pesar del sacrificio impuesto para sostener tantas casas de beneficencia, no ha logrado evitar el encuentro del haraposo que le corta el camino pidiéndole limosna, apoyando muchas veces la súplica con la exposición de males asquerosos.

Socorrer á los necesitados es cosa meritoria; pero cuando se ponen los medios para hacerlo y se ve que resultan contraproducentes, dan ganas de cerrar el bolsillo y contestar con una negativa á toda súplica.

Si la mendicidad aumenta á medida que crece la limosna, es seguro que disminuiría aquélla disminuyendo ésta; así, cuando la limosna se redujera á cero se anularía totalmente la mendicidad.

Casi valía la pena de plantear la cuestión, como se ha planteado en Zaragoza y Sevilla y se va á plantear en Madrid, á ver si en Cartagena daba los mismos resultados que en aquellas dos primeras poblaciones. También había muchos pordioseros en la capital aragonesa y en la capital andaluza; pero llegó

un día en que la limosna individual, repartida de un modo caprichoso, se concentró en manos de corporaciones no oficiales que la repartieron de una manera justa, excluyendo al holgazán, al vicioso, al mendigo de profesión y á toda esa plaga de avenida que cae sobre las poblaciones que dan algo, condenándolas á ser víctimas de sus caritativos sentimientos.

Desde entonces no se ven pordioseros en Zaragoza; ni en Sevilla los transeúntes no se ven detenidos en su marcha por el pobre que pide limosna, ni se da el caso de que el vecino al franquear la puerta de su cuarto, se encuentre con el pobre que pide un centimito, á reserva de aprovechar cualquier descuido para hacerse dueño de lo que encuentra á mano.

El alcalde de Madrid trata de copiar lo hecho en Zaragoza y en Sevilla. El de aquí debiera hacer lo mismo y le instamos á que lo haga, pues no es justo que Cartagena gaste al cabo del año muchos miles de duros para librarse de la plaga del pauperismo, sin haber alcanzado otra cosa que aumentar lo que se proponía destruir.

En este asunto no hay que inventar nada; está inventado y da resultados seguros. Lo dicen á voces Zaragoza y Sevilla y lo copia Madrid.

¿Por qué no lo ha de copiar Cartagena, que se encuentra asediada por la mendicidad hasta un punto que es imposible resistir?

TIJERETAZOS

¿Que si me da lástima la suerte de Aguilardo?

Al contrario, me es indiferente. Los traidores reincidentes como ese cabecilla, caen por el mismo procedimiento que se elevan.

Por el de la traición.
Por virtud de la ojeriza que es muy lógi-

co que los españoles tengan á los americanos, habrá muchos de aquellos que digan al verlo en poder de los yanquis:

—¡Qué lástima!
Los que la sienten realmente de ese cabecilla, que buscando la independencia ha caído en el copo, han olvidado que ese hombre y sus subordinados condenaron á cruel martirio á muchos españoles, sin respetar niños ni mujeres.

¿Quién tal hizo que tal pague.
Y fuera de sensiblerías.

El Pueblo de Granada se queja de que la compañía arrendataria de tabacos vende unos cigarros que no arden.

Para esos tabacos vende la arrendataria de cerillas unos fósforos que se les cae la cabeza.

Y ya es tarea encender con estas cerillas un cigarro de aquéllos.

La Unión Mercantil dice que las poblaciones debían exigir á los candidatos el compromiso de podir el libre cultivo del tabaco.

Y añade:
«¿A que ni en Málaga ni en ninguna parte se hace esto?»

No se hará y con razón.
O España es el país de las viceversas ó no lo es.

Curiosidades

EL LIMONERO



Pertenece esta planta al género de las aurantiáceas, pequeño árbol que crece en Europa, y principalmente en el Oriente y Asia.

Su fruto, el limón, es de gran utilidad, no sólo para preparar bebidas refrigerantes, sino también para hacer dulces y jaleas.

De él se extrae el ácido cítrico y la esencia ó resoli que emplean los licoristas y perfumistas.

La corteza de la raíz es febrífuga y las hojas son completamente tónicas y antiespasmódicas.

La madera del mencionado limonero se usa muchísimo para la fabricación de muebles.

Microscópicas

¡Qué horrible despertar el de esos desventurados hijos del parricida madrileño que en un momento de furor inspirado tal vez por un fantasma, los priva del sustento y del cariño!

¡Qué horror! ¡Dormirse acariciados por la mirada de la madre y despertarse huérfanos, contemplando derribada á balazos por el padre á la mujer aquella que fué apoyo y amparo y ángel de la guarda!

¡El padre! ¡Qué mala impresión dejará en sus hijos ese hombre que turba su sueño con espectáculos de muerte! Sin duda estaba loco y olvidó que aquellos pobres niños que le debían el ser, oran las inmediatas víctimas de su crimen feroz.

En esa horrible tragedia que llena el espíritu de verdadero espanto, no es la más digna de lástima la madre que pasa del sueño de la vida al sueño eterno; ni el padre que se levanta la tapa de los sesos, sino los pobres niños que, en medio de la desesperación á que su propio padre los condena, conservarán en la memoria el cuadro triste de la madre asesinada y del padre quitándose la vida, abandonándolos.

¡Pobrecillos!

RAUL.

UNA BROMA EN PARIS

El supuesto Maradjad

Hace algunos días, Mr. Tazzide, actor y director de los Bufos Parisienses, recibió una carta, firmada por una persona que goza de gran notoriedad en el mundo diplomático.

En ella el personaje en cuestión pedía que al día siguiente se pusiera un palco proscenio á la disposición del maradjad de Pondjaho, príncipe indio de paso en París, que no quería regresar á su lejana patria

sin haber admirado y aplaudido á la excelente compañía que actúa en dicho coliseo.

Al actor director le primero que se le vino á las mentes fué que el maradjad hubiera podido desde luego satisfacer su deseo adquiriendo en la taquilla la localidad apetecida; pero empresario al fin y al cabo pensó también que la presencia en el teatro de un maradjad (nada menos!) le proporcionaría seguramente con su actuación una entrada colosal.

Partiendo, pues, de este supuesto, se apresuró á acceder al deseo de S. A. y á dirigir á toda la prensa de París un suelto, anunciando para el día siguiente la presencia en su teatro del príncipe indio.

Efectivamente, el día «de autos», á las nueve menos cuarto en punto de la noche —por algo la puntualidad es la cortesía de los soberanos, aun siendo exóticos— el maradjad de Pondjaho, escoltado por dos chambelanes, hacia su entrada solemne en el teatro de la calle Montigny.

Actores, espectadores, todo el mundo, en una palabra, se quedaron bicos al contemplar al príncipe, que llevaba un turbante sobre el cual brillaba una magnífica hebilla de brillantes, un par de pendientes de enormes perlas y un traje deslumbrante de pedería, amén de lucir en los dedos una maravillosa colección de sortijas y de ostentar en el pecho una verdadera constelación de cruces y voveras.

A falta del director, á quien sus obligaciones histriónicas retenían en el escenario, el administrador del teatro, vistiendo correctamente de frac y corbata blanca, fué el designado para recibir y hacer los honores de la casa á S. A., á quien acompañó ceremoniosamente hasta dejarlo instalado en su palco.

Ahora resulta que el coruscante soberano indio era ni más ni menos que el yerno del presidente del Consejo, Mr. Waldeck-Rousseau, Mr. Jacques Liouville, fanático devoto de la esgrima, del automovilismo y de toda clase de deportes, entre los cuales, por lo visto, cultivaba el de «tomar el pelo» al prójimo.

Los supuestos chambelanes eran dos amigos suyos, también de buen humor, que desempeñaron á la perfección sus papeles, con arreglo á la más refinada etiqueta indostánica.

Lo más gracioso de este suceso es que el presidente del Consejo, que asistió á la representación de los Bufos aquella misma noche, fué uno de tantos engañados, y ni por un solo momento sospechó que el ma-

RENATA MAUPERIN

248

de adorno... Y pienso pegarle un balazo ahí, y tocó á Denoíel por encima de la cadera, porque más arriba tiene la defensa del brazo y porque ahí hay una porción de máquinas de primera necesidad para la vida... hay sobre todo una excelente vejiga y si se tiene la suerte de tocarla y está llena... ¡es la peritonitis de Carrel! Tú elegirás, pues en mi nombre la pistola... un duelo avanzando, ¿oyes? Sobre todo, lo que deseo es el mayor secreto antes del duelo... ¿A quién elegirás de compañero?

—¿Te parece Dardonillet? Ha servido en la Guardia nacional de caballería: haré un llamamiento á su fibra militar.

—Perfectamente. Entra antes en casa de mi madre, que debe esperarme y dile que no podré ir hasta el jueves... Tendría lance que viniera en estos momentos... Yo no sé: voy á bañarme para estar más presentable... No se me conoce mucho el golpe, ¿verdad? Haré que me suban la comida y consagrare la noche á escribir las cartas propias del caso... Y si te avistas con los testigos de ese señor mañana temprano, ¿por qué no batirnos á las cuatro de la tarde? Cuanto antes se acabe, mejor. Todo el día de mañana me encontrarás aquí ó en el tiro. Arrégalo todo, como para tí, y muchas gracias anticipadamente. A las cuatro si se puede, ¿eh?

XXXV

XXXIV

El nombre de la granja que Enrique Mauperin había añadido al suyo patronímico, para ennoblecerle, era, por singular coincidencia, el de una tierra señorial de Lorena y el de una familia ilustre en otros tiempos y tan olvidada hoy, que todo el mundo la juzgaba extinguida.

El hombre que le había abofeteado era el último de los Villacourt, llamados así por el feudo y el palacio de Villacourt, situado á tres leguas de Saint-

DENOÍEL estaba en casa de Enrique Mauperin. Ambos hablaban, fumando junto al fuego, cuando oyeron discutir en la antecámara y casi al propio tiempo la puerta se abrió con violencia, y un hombre entró bruscamente rechazando al criado que quería impedirle el paso.

—¿M. Mauperin de Villacourt?—dijo.

—Yo soy, caballero.

Y Enrique se levantó.